

**DE LAS RELIGIONES A LA ESPIRITUALIDAD:
EL CAMINO DE RETORNO HACIA ADELANTE**

Por **Ignacio Dueñas García de Polavieja**

Capítulo tres

La ciudad secular en su encrucijada

“La razón tiene una absoluta fe en sí misma (...). Se mitifica siempre a sí misma como la luz que lucha con las tinieblas, (y es), por consiguiente, el objetivo de la humanidad: la razón es divina y Dios es la razón”. (Hans Freyer).

1.- Auto-enajenación del hombre

Vamos a desarrollar a continuación el proceso de autoenajenación del hombre a partir del abandono de su espiritualidad, primero desde la religión y luego desde la pérdida de su más preciada capacidad: la de ser sentiente. Veremos igualmente cómo, por todo esto, hemos llegado a la encrucijada de la presente centuria para, finalmente, apuntar posibles vías de salida o soluciones.

En el primer capítulo, hemos explicado cómo la humanidad vivía en su hábitat natural constitutivo: el cosmos o la naturaleza. La armonía de los biorritmos humanos con los ritmos del cosmos le permitía una espiritualidad, una mística y una sabiduría. No debiendo idealizarse aquella época, repetimos, veremos cómo la segregación con respecto a ese hábitat ha supuesto un lento suicidio de la humanidad como especie.

Así, si el hombre es esencialmente político (Aristóteles), también es esencialmente cósmico (Lao-Tse). Su suicidio ha consistido en no integrar de modo concéntrico ambas esencias, y en desarrollar la una en detrimento de la otra, quebrándose la armonía. Las condiciones límite de su existencia lo empujaron a ensayar, mediante la técnica, unos modos de vida en principio menos duros, y luego más confortables. Pero esa necesaria búsqueda de la comodidad pasó, de modo inconsciente, de ser un medio instrumental a constituir un fin existencial, lo que supuso a largo plazo la mediocridad, la apatía, la ignorancia, la infelicidad y, como proyecto cultural, el suicidio.

2.- Del cuasi-paraiso a la ciudad-urbe

De este modo, la agricultura (8000 a/C.) supuso la comodidad del sedentarismo. Los excedentes agrarios, la necesidad de gestionarlos y la organización tribal que lo posibilite implementaron el surgimiento de las ciudades y de las clases sociales (4000 a/C.): Ur, Eridu o Çatal-Huyuk en la Mesopotamia sumeria. Se fue sofisticando pues el animal político, pero aun no en detrimento del animal cósmico, ya que el hombre siguió todavía viviendo según los ciclos de la naturaleza, debido al carácter entonces rudimentario de las estructuras urbanas y de la técnica. No obstante, en la medida en que fueron apareciendo los politeísmos, como ya vimos, se fue cosificando de modo lento y progresivo la espiritualidad, inicialmente espontánea.

Con la civilización griega apareció la racionalidad como método interpretativo e instrumental de la realidad y, en la medida de lo posible, como herramienta analítica de lo espiritual. Es decir, la razón como criterio hermenéutico, no aún como proyecto existencial.

Grecia

Sin embargo, una cosa es otorgarle a la Grecia clásica la autoría del método de la lógica como procedimiento discursivo, y otra muy distinta es afirmar que “la filosofía nace en Grecia”. Esto último, que aún se puede leer en los manuales de la Historia de la Filosofía, carece del más mínimo rigor y sólo se puede sostener desde un gran reduccionismo eurocéntrico. Un somero recorrido al contenido de textos chinos, hindúes y persas nos podrá ilustrar acerca de tamaña

boutade. El experto en religiones pre-modernas Mircea Eliade sostiene que en dichas religiones se encontraban, bajo el formato de mitos, símbolos y ritos, auténticas metafísicas en cuanto que desarrollaban complejos sistemas de afirmaciones coherentes relativas a la realidad última de las cosas y de la vida¹.

El saber heleno, al menos en una buena parte, ha sistematizado principios y conceptos foráneos. De hecho, la época de su máximo esplendor, la de Platón y Aristóteles, transcurrió varios siglos más tarde del VI a/c, que fue la centuria de mayor efervescencia filosófica universal a lo largo de toda la historia. Al respecto, así se refiere el autor Indro Montanelli:

“Lo que efectivamente hizo de Atenas la patria de la filosofía no fue una natural predestinación debida al superior genio de sus hijos, sino solamente su carácter imperial y cosmopolita, que la hacían receptiva a las ideas, más curiosa y tolerante que las otras ciudades griegas. La filosofía, hasta Sócrates, la trajeron los inmigrados”².

Roma

El Imperio Romano usó lo racional para lo práctico: vías, edificios, termas, pan, circo, palacios, ejércitos, derecho romano..., y así posibilitar una vida por lo general cómoda pero superficial³.

3.- Europa

Edad Media

La Edad Media supuso otro paso más en la cosificación de la espiritualidad⁴ (es decir, la religión). Así, y como ejemplo, los laicos eran sujetos pasivos de los actos litúrgicos, el ritualismo había sofocado la predicación, la evangelización y la catequesis; la religiosidad era de naturaleza supersticiosa, novelesca, fantástica y emotivista;

1 ELIADE, Mircea, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 13.

2 MONTANELLI, Indro, *Historia de los griegos. Historia de Roma*, Plaza Janés, Milán, 1959, p. 130

3 *Ibidem*, 552.

4 ARAGÓN MARINA, Rafael / PAZ, José Miguel, *Historia de la Iglesia Católica*, Fundación Verapaz, San Marcos, Guatemala, p. 91.

la justicia y el amor, así como una espiritualidad positiva y madura, quedaron marginadas e ignoradas. Se vivía bajo la omnisciencia de una religión que lo impregnaba todo⁵, ya que el medioevo consistía en un régimen de cristiandad en el que la Iglesia, a la sazón la institución más poderosa del mundo, ocupaba un destacado lugar en la sociedad, y era la que, por tanto, imponía los criterios normativos y culturales.

Por consiguiente, esta religiosidad, en lugar de posibilitar la conexión con el plano trascendente de la realidad y de constituir una fuente de fe, esperanza y amor, se convirtió en una losa pesada: la gente temía a Dios y sufría por su condenación⁶. Además, las condiciones de vida eran ínfimas: lepra, peste negra, hambre, feudalismo, miseria, guerras...⁷. La población padecía en su cotidianidad terrenal y esperaba angustiada los tormentos del infierno de ultratumba. Por lo general, a lo largo del medioevo, el proyecto evangélico de felicidad humana fue sencillamente inconcebible: de nuevo asistimos a un episodio de religión sin espiritualidad.

Consecuencia, causa y prueba de esta cosificación es la escolástica: la *Summa Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, consiste en una organización conceptual y casuística de la totalidad de los elementos de la religión cristiana: la esencia divina y sus atributos, la encarnación, la Iglesia, la virtud, el pecado..., todo pasa por la sistematización cognitiva, con el error del que pretende equiparar teoría con vida, concepto con realidad, mapa con territorio, o teísmo con trascendencia. Así, se llega a afirmar la existencia de Dios, según una de sus cinco vías, por el mero hecho de que la realidad circundante produce un movimiento que requiere, según Santo Tomás, de un motor:

“Es innegable, y consta por los sentidos, que en el mundo hay cosas que se mueven. Pues bien, todo lo que se mueve es movido por otro, ya que nada se mueve más que en cuanto

5 *Ibidem*.

6 El temor al infierno llegó a niveles de angustia, entre otras razones por las predicaciones, a lo largo de toda Europa, acerca del juicio final y la condenación. (BEDOUELLE, Guy, *La Historia de la Iglesia*, EDICEP, Valencia, 1994, p. 93). Es significativo que una de las razones últimas por las que Lutero se rebeló contra Roma fue el miedo a su propia condenación. (*Ibidem*, 114-15).

7 *Ibidem*, 91.

que está en potencia respecto a aquello hacia lo que se mueve (...). Por consiguiente, es necesario llegar a un primer motor que no sea movido por ninguno, Y todos entienden que tal motor es Dios”⁸.

Desde este punto de vista, Santo Tomás fue un adelantado del racionalismo de la modernidad, superando a Descartes no sólo en antigüedad sino tal vez en importancia. Por lo demás, y como es sabido, Aquino bautizó al pensamiento de Aristóteles (en rigor un pagano) al adaptarlo al cristianismo, gracias a la transmisión de los escritos del pensador heleno, llevada a cabo por judíos y musulmanes (en rigor infieles y herejes)⁹. Estamos ante dos evidencias: que el cristianismo es en buena parte paganismo griego, y que el Viejo Continente debe más de lo que reconoce a judíos y musulmanes, ya que Europa no es Europa sin Aristóteles, quien llegó a occidente gracias a mahometanos y hebreos.

Renacimiento

El hombre, ya en el Renacimiento, necesitando liberarse de las deficientes condiciones de vida del medioevo, apostó, como causa y consecuencia de una novedosa autoconciencia que le hizo individualista¹⁰, por la secularidad, o autonomía de la esfera de lo terrenal con respecto a lo religioso¹¹. Es en este contexto cuando afirmó su capacidad e intención de dominar a la naturaleza, al considerarse superior a ella. Todo esto mediante una racionalidad que tratase de superar, con mayor o menor fortuna, el fanatismo y la superchería¹².

Pero este necesario proyecto humanizador pronto se enrocó: el hombre pasó a considerarse no un miembro más de la naturaleza, sino un ser aparte de ella, a la que contemplar a distancia y someter¹³. Es en este momento cuando se produce otro salto cualitativo en el proceso de enajenación de la humanidad, al ignorar o no en-

8 AQUINO, Santo Tomás, *Summa Teológica*, I, 2,3.

9 *Ibidem*, 87.

10 FROMM, Erich, *El miedo a la libertad*, Editorial Planeta de Agostini, Barcelona, 1985, pp. 82-86.

11 BURCKHARDT, Jacob, *La cultura del Renacimiento en Italia II*, Editorial Orbis, Barcelona, 1987, pp. 368-70.

12 *Ibidem*, 380-86.

13 FROMM, Erich, *El miedo a la libertad*, Editorial Planeta de Agostini, Barcelona, 1985, p. 68.

tender que esta última también es la naturaleza, y no una espectadora neutral de ella. Ya no es sólo que su hábitat cotidiano no sea el cosmos (cosa que empezó a dejar de ser, como hemos visto, a partir de la aparición de las primeras ciudades), sino que en este momento da un paso más: el error de creer que su esencia constitutiva no es la naturaleza.

Descartes

Con Descartes y Newton, padres conceptuales de la modernidad, se entenderá mejor lo que queremos explicar. Descartes, más allá de su tautológica duda metódica (que le llevará a su “cogito ergo sum”), reduce lo específico humano a lo meramente cognitivo y disecciona la realidad en un proceso mental por el que todo es medible y organizable. Es decir, el hombre es hombre porque piensa, y toda realidad es pensable. Luego, lo que el cerebro no pueda procesar es considerado falso e irreal. Por tanto, lo esencial y fundamental humano es su facultad cognitiva¹⁴. Y así, otras dimensiones como la emotividad, la espiritualidad, la afectividad o la mística, al no poderse medir ni asimilar mediante lo estrictamente racional, primero se ignoran y finalmente se reprimen.

Newton

Newton no hace más (ni menos) que aplicar la lógica cartesiana al campo de la física, concibiendo al hombre como a una mera maquinaria de carne, hueso y capacidad cognitiva; y al cosmos como a una máquina perfecta, constituida por múltiples bloques materiales, sólidos y aislados entre sí (las cosas, los objetos y los planetas), y movida por leyes universales (como la ley de la gravedad), a su vez generadas por otra máquina, en este caso eterna, inmóvil e invisible, a la que llama Dios¹⁵.

Veremos cómo esta cosificación del hombre, del cosmos y de lo absoluto, que dura hasta hoy, y que ha evolucionado del plano práctico al epistemológico y de ahí al existencial, ha supuesto la ruina del hombre.

14 CAPRA, Fritjof, *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Editorial Troquel, S.A., Buenos Aires, 1992, pp. 29-32.

15 CROUZET, Maurice, *Historia general de las civilizaciones. El siglo XVIII, 1: Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pp. 16-17.

Iluminismo e Ilustración

Ya en el siglo XVIII, y como herederas directas del paradigma cartesiano-newtoniano de la realidad, surgen el iluminismo y la Ilustración, que en sus respectivas dimensiones prácticas y funcionales no pueden ser más que beneficiosas. Así, se ejerce la crítica de las monarquías absolutas, de la ignorancia y del fanatismo religioso¹⁶, toda vez que se teoriza acerca de la democracia (separación de poderes¹⁷, soberanía popular mediante el sufragio, laicidad del Estado...). Igualmente, se ensaya, aún incipientemente, la humanización de las leyes (abolición de la esclavitud, limitación de la tortura y de la pena de muerte, etc.), y se expanden tanto las utopías seculares¹⁸ como las inquietudes pacifistas. Así se refirió al respecto, hace ya varias décadas, el erudito Hans Freyer:

“Hay, en lo que llamamos Ilustración (...) una fuerte inclinación a limitarse a la esfera de la moral privada, de la felicidad y de la educación (...). Las grandes monarquías cuidan en su propio interés de que las guerras no vuelvan a convertirse en guerras de treinta años. Fomentan la industria,

16 “Al menos, Descartes se ha atrevido a enseñar a los espíritus sanos a sacudir el yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad, en una palabra: de los prejuicios y de la barbarie”. (D’ALEMBERT, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, 1751).

17 “Cuando los poderes legislativo y ejecutivo se hayan reunido en una sola persona o corporación, entonces no hay libertad, porque es de temer que el monarca o el senado hagan leyes tiránicas para ejecutarlas del mismo modo.

Así sucede también cuando el poder judicial no está separado del poder legislativo y del ejecutivo. Estando unido al primero, el imperio sobre la vida y la libertad de los ciudadanos sería arbitrario, por ser uno mismo el juez y el legislador y, estando unido al segundo, sería tiránico, por cuanto gozaría el juez de la fuerza misma que un agresor”. (MONTESQUIEU, *El espíritu de las leyes*).

18 Durante la Ilustración dieciochesca, por lo general, más que llevarse a la práctica tales apuestas contraculturales, éstas se teorizaron mediante novelas supuestamente fantásticas, debido a la censura impuesta por las monarquías absolutas de dicha época. Entre tales obras, imbuidas por la mentalidad del momento (libertad sexual, bondad innata del ser humano, crítica de la religión, interés por la educación, pacifismo...), destacan *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, *Histoire de Calevaja* de Claude Gilbert, *Philosophie dans le Boudoir* del marqués de Sade o *Les aventures de Jacques Sadeur dans la Découverte de la terre Australe* de Gabriel de Foigny. (BERNERI, María Luisa, *A través de las utopías (Ensayo crítico)*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1975, pp. 197-31).

el comercio, la riqueza nacional (...), fundan las academias y universidades en las que despliega la actividad científica su actividad internacional (...): todas las artes son ennoblecidas por la razón y (se asume) una moral que se opone conscientemente a los tiempos rudos”¹⁹.

4.- De la racionalidad al racionalismo: la diosa Razón

Pero, en plena confusión de medios y fines, y quizá por deslumbramiento ante la novedad, se pasa de la racionalidad (razón instrumental o de índole práctico) al racionalismo (la razón por la razón como fin en sí misma²⁰), representado por el altar de la diosa Razón y del Ser Supremo²¹, con lo que, pretendiendo la liberación ante los esquemas religiosos, no se hace sino cambiar de dios preservando tales esquemas, desde el punto de vista fáctico.

Así considera Hans Freyer la visión divinizada de la razón.

“No sólo en su heroico tiempo inicial (...), sino también en la época de su predominio ilimitado sobre los espíritus se ha sentido a sí misma como la instancia suprema, pero sobre todo, siempre como el principio creador por excelencia (...). La razón tiene una absoluta fe en sí misma (...). Se mitifica siempre a sí misma como la luz que lucha con las tinieblas, (y es), por consiguiente, el objetivo de la humanidad: la razón es divina y Dios es la razón”²².

De modo correcto, por tanto, se desprende de los textos veterotestamentarios que lo opuesto a la fe no es el ateísmo, sino la idolatría, a causa de que lo religioso, al menos desde el punto de vista fenomenológico, no lo es tanto por la identidad de lo adorado como por la actitud del adorador (recuérdese de nuevo la esencia genuinamente espiritual del ser humano). Y, puesto que lo trascendente o lo

19 FREYER, Hans, *Historia Universal de Europa*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958, p. 643.

20 CROUZET, Maurice, *Historia general de las civilizaciones. El siglo XVIII, 1: Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pp. 118-19.

21 *Ibidem*, 646.

22 FREYER, Hans, *Historia Universal de Europa*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1958, p. 639.

absoluto no son mensurables a causa de su naturaleza suprarracional (o metacartesiana), primero se duda de ello (agnosticismo) y después es negado (ateísmo²³). Como si el viento fuese inexistente por el sólo hecho de que los termómetros no lo registren.

5.- La Modernidad propiamente dicha (siglo XIX)

El siglo XIX es el de la modernidad propiamente dicha, que sería la Ilustración radicalizada y llevada a la práctica gracias a la revolución. Así, se confía en que el hombre, con el potencial de la razón, alcanzará la felicidad mediante el progreso. Esta modernidad sería un conjunto de ideologías humanistas y emancipatorias según las cuestiones a resolver: la tiranía (mediante la democracia), el fin de la explotación del hombre por el hombre (mediante el abolicionismo, el marxismo, y hoy día la antiglobalización y el socialismo del siglo XXI), la marginación de género (mediante el feminismo), el belicismo (mediante el pacifismo y la no violencia), la degradación del medio ambiente (mediante el ecologismo), o los abusos tanto del Estado como de las multinacionales, o los de la mentalidad acrítica dominante (mediante el anarquismo), etc.

De este modo, la revolución francesa, o puesta en práctica manu militari del ideario ilustrado, fue una tentativa radical de acabar con, por citar la célebre expresión hobbesiana “homo lupus homini”, la explotación del hombre por el hombre. En dicho acontecimiento se trató de emancipar a la humanidad de varias opresiones simultáneas: la del hambre y la miseria del campesinado, la de la ignorancia y el analfabetismo de la población, la del fanatismo religioso del catolicismo, la de las estructuras económicas asfixiantes del tardofeudalismo, y la de la represión política del absolutismo monárquico²⁴.

Lo cierto es que a corto y medio plazo no se consiguió casi ninguna emancipación pues, como es sabido, cuando la burgue-

23 El ateísmo, fenómeno cultural de reciente aparición, surge a partir de un vago deísmo, desde el paradigma racionalista dieciochesco, representado por pensadores como Maupertuis, Le Mettrie, Helvétius o el barón de Holbach. (CROUZET, Maurice, *Historia general de las civilizaciones. El siglo XVIII, 1: Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, 120).

24 SOBOUL, Albert, *La revolución francesa*, Ediciones Orbis, SA, Barcelona, 1981.

sía, opresora en lo económico pero oprimida en lo político, toma el poder se transforma en una oligarquía que reprimirá las luchas sociales e igualitarias²⁵. Sin embargo, es cierto que a largo plazo se lograría una considerable libertad política y religiosa. La reducción del hambre y de la ignorancia, por su parte, tal vez se haya debido a razones de progreso técnico más que a causas políticas y sociales (es decir, que al respecto, el peso de la revolución industrial ha podido ser mayor que el de las revoluciones burguesas y proletarias).

No obstante, es innegable la carga utópica y fraternal que tuvo la revolución francesa²⁶ (al menos hasta que la burguesía, ya en el poder, la traicionara), a pesar de que se cometieran numerosos abusos y atrocidades por parte de la insurgencia²⁷.

Lo significativo de este episodio es que, constatado el innegable potencial revolucionario de la religión, algo reconocido por el mismo Engels²⁸, la casi totalidad del aparato católico se situó en contra de semejante proyecto liberador. Esto explica el fracaso a corto plazo de los alzados, y el de los refractarios a la larga, puesto que aquellos eran insurgentes con ideales pero tal vez sin religión, y éstos eran reaccionarios con religión pero quizá sin fe.

6.- La Post-modernidad (siglo XX)

El siglo XX, como veremos, ha significado el fracaso de la apuesta de la modernidad, así como su desencanto y desmovilización: la postmodernidad²⁹. Así, en el último tercio de la pasada centuria, el fracaso ya era patente: dos guerras mundiales, una catástrofe

25 CROUZET, Maurice, *Historia general de las civilizaciones. El siglo XVIII, 2: Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Ediciones Destino, Barcelona, 1981, pp. 642-43).

26 Estas palabras de Robespierre pronunciadas el 5 de febrero de 1794 reflejan tal idealismo: "Queremos, en una palabra, cumplir los deseos de la naturaleza, realizar los destinos de la humanidad (...), y que al sellar nuestra obra con nuestra sangre podamos ver al menos brillar la aurora de la felicidad universal". (Ibídem, 39).

27 Ibídem, 93.

28 ENGELS, Friedrich, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", ENGELS, Friedrich /MARX, Karl, *Obras escogidas en tres tomos*, Ed. Progreso, Moscú, 1980, p. 394.

29 BOFF, Leonardo, "La erosión de las fuentes de sentido", *Redes Cristianas*, 2 de marzo de 2013, (<http://www.redescristianas.net/2013/03/02/la-erosion-de-las-fuentes-de-sentidoleonardo-boff/>)

ecológica inminente y casi irreversible, el planeta al borde de una guerra nuclear, el 80% de la humanidad desesperado viviendo en la pobreza, y el 20% opuesto sumido en el hedonismo, el desencanto, la anomia, la tecnolatría y la plutocracia³⁰. Y no obstante, ¿no era bueno el programa de la modernidad? ¿No debía el hombre emanciparse?

Tal vez sucedió que el ser humano, a causa del racionalismo, se cosificó a sí mismo después de haber cosificado lo trascendente mediante la religión. Veamos: si bien el hombre medieval vivía, como ya hemos afirmado, inserto en una cotidianidad miserable y opresiva, no dejaba de sentirse seguro y resguardado por unas supuestas verdades inmutables, aportadas por el aparato católico, que le otorgaban una considerable tranquilidad³¹.

Con Descartes y Newton la existencia pasa a ser una mera realidad matemáticamente deducible, y el hombre es el hermeneuta de ella. Fuera de este paradigma nada hay digno de consideración. La religión, vacía de espiritualidad, es un elemento más para interpretar dicha realidad, ya que la idea de Dios se encuentra integrada dentro del esquema newtoniano. Así, fuera de lo mensurable no hay nada porque no se contempla lo metalógico, de ahí la afirmación de que, en el hombre, más allá de lo cognitivo no hay nada considerable, siempre según el paradigma cartesiano-newtoniano.

De este modo, aspectos supracognitivos del hombre, y a la vez nucleares y esenciales para él, resultan, según el caso, ignorados, olvidados, reprimidos, negados o instrumentalizados. Así, el arte, la creatividad, la espiritualidad, la mística, la contemplación, la fe, la afectividad, la sexualidad, la emotividad, el humorismo o la subjetividad, son negados a lo largo de un proceso que, como veremos algo más adelante, puede estar llevando a una alteración cualitativa (o mutación) del ser humano.

Por consiguiente, el proyecto cultural de la modernidad sólo puede ser materialista y racionalista: la comodidad como fin, el trabajo como medio, la materia como hábitat, la razón como criterio, la religión como coartada y la ética como pacto social.

30 GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando (Dir.), *El siglo XX. Diez episodios decisivos*, Historia Alianza Editorial, Madrid, 1999, pp. 7-32.

31 FROMM, Erich, *El miedo a la libertad*, Editorial Planeta de Agostini, Barcelona, 1985, p. 64.

7.- *La encrucijada*

El hombre, en esta nueva realidad, se ha convertido en una máquina pensante y enajenada de la naturaleza, y su fin es transformar esta y transformarse a sí. Y, en la práctica, pierde su energía vital a la vez que, inserto en el despiste de la modernidad, su actitud existencial elevada a proyecto cultural consiste en lograr una vida lo más confortable y placentera posible. Más comodidad implica mayor bienestar y mayores bienes materiales. De ahí, la revolución industrial y el capitalismo. Y de sus excesos, el comunismo como reacción.

El error del hombre es obvio: segregado de su esencia cósmica, atrofiada la espiritualidad, reprimido lo no cognitivo, se convierte en una especie estructuralmente infeliz, y se dedica a volcar su desarmonía en el racionalismo para huir de ella, confundiendo el veneno con la medicina, de modo que la infelicidad, lejos de disminuir, aumenta a marchas forzadas.

En efecto, sucede que la energía (última esencia del ser humano, ontológica y cuánticamente hablando) es irreprimible, y no desaparece por ignorarla o maltratarla. Ella, por tanto, que debiera fluir de modo armónico y espontáneo, al ser bloqueada tiene que salir como sea, y se vuelve negativa y destructiva al no ser canalizada adecuadamente.

8.- *Calamidades: herencia y porvenir*

Así, podemos sostener que tanto las grandes calamidades del siglo XX (guerras mundiales, fascismo, nazismo, estalinismo, maoísmo, capitalismo...), que no son más que episodios suicidas de la especie, como las pequeñas calamidades intrahistóricas (los malos tratos de género, las toxicomanías, la ludopatía, la violencia gratuita, el suicidio, el consumismo, los niños adictos a Internet y a los videojuegos, los jóvenes y adultos enganchados a la cocaína...), o episodios suicidas de los miembros de dicha especie, no son sino esa energía, reprimida por desconocida o ignorada, pero existente, saliendo de una forma abrupta y desordenada. Esa elan vital bergsonian³², que por la razón no se percibe y que el hombre desprecia,

32 BERGSON, Henry, *Memoria y vida*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 88-90.

emerge negativamente, pues “la energía ni se crea ni se destruye, solamente se transforma”, como afirma el principio de termodinámica. No a otra cosa se refería Goya al afirmar que “el sueño de la razón produce monstruos”.